

*Política, teoría e historia: el William Morris de E. P. Thompson desde la sociología de los intelectuales**

ALEJANDRO ESTRELLA GONZÁLEZ

Universidad de Cádiz
alejandro.estrella@uca.es

Recibido: 21.11.2006

Aceptado: 29.05.2007

La relativa autonomía del campo se señala en la capacidad que él detenta de interponer, entre las disposiciones ético-políticas que orientan el discurso y la forma final de ese discurso, un sistema de problemas y de objetos de reflexión legítimos, y de imponer así a toda intención expresiva una sistemática transformación.

PIERRE BOURDIEU. *La ontología política de Martin Heidegger*.

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA: POR UNA «CIENCIA SOCIAL DE LAS OBRAS»

Edward Palmer Thompson es sin duda uno de los historiadores más relevantes del siglo xx. La obra que lo consagró, *The Making of the English Working Class*, constituye hoy día un clásico, no sólo de la historiografía sino de las ciencias sociales. Sin embargo, el volumen de discusión que ha generado *The Making* a lo largo de más de 30 años contrasta con la escueta recepción de la obra que la precedió, a la sazón, su primer gran trabajo de historiografía publicado: *William Morris. From Romantic to Revolutionary*¹. Quizás no se trate de un tra-

* Quiero agradecer a José Luis Moreno Pestaña y a Carlos Aguirre Rojas los comentarios y críticas que han realizado de este trabajo, contribuyendo sin duda a mejorar la propuesta original.

¹ William Morris (1834-1896) fue un artista romántico polivalente: impresor, poeta, escritor, pintor, diseñador y fundador del movimiento Arts and Craft. Su intento de poner en marcha una revuelta romántica contra los valores estéticos y sociales del victorianismo se vio abocado al fracaso. Entre 1881 y 1882, se produce un giro decisivo en su trayectoria: entrara en contacto con organizaciones socialistas y dará el salto al mundo de la política militando en la Democratic Federation y posteriormente en la Socialist League, en la que militaba el círculo próximo a Engels. Este, no obstante reconocer su talento, no dudará en calificar a Morris como un claro representante del socialismo utópico.

bajo de la envergadura teórica de *The Making* o de la profundidad y elegancia de los estudios sobre el siglo XVIII inglés. No obstante, bajo un tratamiento adecuado, creo que constituye una pieza única dentro de la producción thompsoniana por su capacidad para poner sobre el tapete dos problemas claves —a su vez, íntimamente relacionados— referentes al ámbito de la historiografía y de las ciencias sociales.

En primer lugar, trascender el mero análisis interno de esta obra y comprender el lugar que ocupa en la trayectoria del autor, supone ampliar nuestra comprensión de uno de los legados que más ha contribuido a constituir el oficio historiográfico tal y como hoy lo conocemos. El encuentro de Thompson con Morris resultó decisivo en su trayectoria política e intelectual. Con el estudio de la obra y vida de Morris, Thompson no sólo terminó por decantarse por la profesión historiográfica, sino que adquirió un arsenal teórico —y añadiríamos afectivo— bienavenido con el capital cultural que hasta entonces había acumulado, fundamentalmente a través del seno familiar y del contacto con los círculos izquierdistas universitarios. Desde ese momento, la particular combinación que ensaya el historiador inglés entre la tradición de Marx y la de Morris, contribuye a explicar en buena medida las tomas de posición intelectuales y políticas que llevará a cabo en años posteriores; momento en el que la tradición historiográfica ha reconocido, produce sus obras más reputadas.

En segundo lugar, al intentar comprender el lugar que ocupa el *William Morris* en la trayectoria de Thompson nos enfrentamos a un problema específico para las ciencias sociales: los procesos que convergen en la producción intelectual y el significado que cabe imputar a una determinada obra. Thompson editó dos versiones del *William Morris*. La primera, de 1955, es el producto de un joven marxista, que imparte clases a adultos en un *Extramural Department* de la Universidad de Leeds; es decir, fuera de los circuitos académicos tradicionales. Es también el producto de un activo militante comunista, veterano de guerra, quien no duda en afirmar públicamente en una reunión con el *staff* del departamento que su labor docente consiste en «crear revolucionarios» (Searby, 1980: 6). En cambio, en la edición de 1977, Thompson recorta unas cien páginas cargadas, según sus propias palabras, de comentarios moralistas y sentimientos políticos («beatería estalinista») (Thompson, 1996: x). En este caso, se trata de la obra de un historiador ya consagrado académicamente, que hasta su reciente dedicación a tiempo completo a la investigación, ha ocupado el cargo de Director del Centro de Estudios de Historia Social de la Universidad de Warwick². Por otro lado, desde 1956, Thompson se encuentra fuera de la disciplina del PCGB, y ha volcado su activismo hacia la formación de la *New Left* en Gran Bretaña y, tras el fracaso de la misma, hacia sucesivas campañas en pos de la defensa de los

² Posteriormente, Thompson abandonaría este centro dedicándose exclusivamente a la investigación. La conexión entre intereses industriales, militares y de las autoridades académicas de la institución —que desembocó en la publicación de una obra de denuncia *Warwick University Limited* (1971)— junto con cierto hartazgo frente al excesivo trabajo administrativo que acarrea su nuevo cargo, parecen que decidieron en su decisión de dimitir.

derechos civiles y el desarme nuclear, amén de una poco entusiasta militancia en las filas de la izquierda laboristas (Palmer, 2004: 102).

De manera que las dos ediciones del *William Morris* se corresponden con dos coyunturas bien diferenciadas en la trayectoria política e intelectual de Thompson. Este hecho hace del caso en cuestión un escenario privilegiado para encarar una serie de problemáticas decisivas. En primer lugar, ¿existe algún vínculo entre las urgencias que imponen las situaciones prácticas a las que se enfrenta el autor y el significado que adquieren los objetos intelectuales —en nuestro caso, las dos ediciones del *Morris*—? Si damos una respuesta negativa a esta cuestión, asumimos que las obras deben ser tratadas exclusivamente como textos, sin referencias al contexto social en el que se producen —ya porque consideremos que la obra sólo se significa en relación a la red de textos en la se ubica (la intertextualidad), ya porque identifiquemos en la subjetividad que la produce (el autor) la fuente del sentido que cabe imputar al producto. Ahora bien, si damos una respuesta afirmativa y consideramos que, en nuestro caso, existe un vínculo significativo entre las diferentes situaciones sociales en las que se sitúa Thompson y las dos ediciones del *Morris*, aún debemos preguntarnos por el carácter de dicho vínculo, identificar cómo opera y mostrar sus efectos. Existen, tradicionalmente, dos respuestas tipo. Por un lado, puede entenderse que entre el contexto y el texto existe un vínculo directo por el cual, el segundo sólo adquiere significado en función del primero; véase, en función de las condiciones sociales y las urgencias prácticas que cabe asociar al autor. Por otro lado, podemos considerar que este vínculo no es directo, sino que constituye un filtro situado entre ambas esferas, un dispositivo que refracta el contexto del autor a la lógica de la intertextualidad, a las reglas del juego que gobiernan la red de textos en la que se imbrica la obra en cuestión.

Nuestra toma de posición al respecto de este cuestionario nos sitúa en la estela de lo que Pierre Bourdieu ha reivindicado como «una ciencia social de la obras» (Bourdieu, 2002: 53-90); lo que, generalizando, no significa sino practicar una historia social o una sociología de la producción intelectual³. Operar este tipo de crítica sociológica sobre el caso que aquí nos ocupa, reporta ciertas ventajas de primer orden. En relación a la problemática exclusivamente historiográfica, veremos como este tipo de enfoque nos va a permitir llevar a cabo un ejercicio de reflexividad crítica sobre la propia disciplina, al problematizar y matizar las imágenes canónicas que del autor, de su encuentro con Morris y de aquí, de su trayectoria posterior, nos ha legado la tradición historiográfica. Por otro lado, estas imágenes heredadas se encuentran íntimamente relacionadas con las tomas de posición que se habrían llevado a cabo ante el problema de dónde y cómo se produce la significación de una obra. En el caso que nos ocupa, veremos cómo se han dado dos respuestas tipo al respecto: por un lado, se ha considerado que la exterioridad (las condiciones sociales y las urgencias prácticas) se

³ Otras tradiciones alternativas a la de Bourdieu en el marco de la historia social y la sociología de los intelectuales: (Barnes y Bloor, 1996), (Collins, 1996) y (Kush, 2006).

impone al autor y establece una ruptura que decide las diferencias entre ambos *Morris*; por otro, se ha entendido que la interioridad (las convicciones y objetivos de Thompson) se sobrepone a las circunstancias, de forma que, entre ambas ediciones no existe un cambio sustancial en sus líneas maestras.

Aplicar el enfoque sociológico que nos propone Bourdieu para «una ciencia social de las obras» no supone falsar estas interpretaciones. Sí permite, en cambio, introducir ciertos matices que enriquecen la visión que éstas nos ofrecen de la trayectoria thompsoniana y de aquí, de la valoración que realizan sobre las diferencias y similitudes de ambas ediciones. Siguiendo el programa propuesto, nuestro primer objetivo es identificar las condiciones sociales y las urgencias prácticas asociadas a las dos situaciones en las que Thompson escribe y reedita el *William Morris*. Esta operación nos permitirá comprender los fines «externos» que orientaron la producción de las obras. Ahora bien, que éstas no constituyeran proclamas ideológicas o pronunciamientos intelectuales no pertinentes —dicho de otro modo, que las dos ediciones entraran en el circuito de discusión académica como tomas de posición legítimas— se debió a que el subcampo historiográfico de los estudios sobre Morris imponía una serie de filtros (unos agentes en pugna, unas problemáticas reconocidas, unas formas de argumentación adecuadas, un determinado uso de los materiales, etc.) a los que, en nuestro caso, Thompson debía plegar sus motivaciones «externas» si quería convertirse en un *insider* y competir en el juego. Y es al atender a estos filtros, al traducir y disciplinar toda la experiencia social acumulada al lenguaje y a la estructura del «debate Morris», cómo Thompson consiguió que ambas ediciones, pese a estar animadas por objetivos y enfoques distintos, pasaran a ocupar parte del espacio de atención del resto de los integrantes del campo.

2. POSIBLES INTERPRETACIONES DEL ENCUENTRO THOMPSON-MORRIS: EL BINOMIO ANDERSON-PALMER

Existe un acuerdo generalizado entre los comentaristas de Thompson a la hora de señalar la influencia que ejerce la figura de Morris sobre el programa intelectual y político del historiador inglés, fundamentalmente a partir de su ruptura con el PCGB, un año después de la primera edición de la obra⁴. Este acuerdo sugiere que en su ruptura con el comunismo y el marxismo ortodoxo, el «descubrimiento» de Morris resultó decisivo. Se ha llegado a hablar de que el marxismo de Thompson, a partir de 1956, puede considerarse como un «marxismo morrisiano» —con su correlato político de humanismo socialista o comunismo utópico—; viraje que tiende progresivamente a escorarse hacia el polo Morris, como cabe deducir de las palabras del propio Thompson, quien dos años antes de la reedición de la obra, afirmaba: «si me preguntan ahora, yo diría

⁴ Véase, entre otros: (Anderson, 1985: 174-228), (Benítez, 1996: 44-51), (Dworkin, 1997: 42-44), (McCann, 1997: 42-51) o (Palmer, 2004: 75-81).

que era más morrista que marxista porque mi tradición procede de Morris» (Thompson, 1976: 74). Ahora bien, si la influencia de Morris sobre la trayectoria política e intelectual de Thompson parece fuera de toda duda, las divergencias emergen a la hora de valorar su significado.

Podemos distinguir al respecto dos lecturas tipo que coinciden en señalar 1956 como fecha clave, ya de ruptura con la herencia anterior, ya de apertura a un nuevo horizonte. Por un lado, la interpretación que representa P. Anderson (y hasta cierto punto R. Samuel) tiende a presentar 1956 como un salto sin solución de continuidad, un desplazamiento sin marcha atrás que lleva a una paulatina desnaturalización del marxismo thompsoniano —paralela a una acercamiento a Morris— y del compromiso socialista —paralela a una implicación en la lucha por los derechos civiles y el movimiento por la paz (Anderson, 1985: 107, 108, 129-131, 207). En el otro extremo, B. D. Palmer se esfuerza por demostrar una continuidad en la biografía intelectual y política de Thompson, en la que 1956 representaría la posibilidad de escapar a los constreñimientos de la ortodoxia del partido y de dar expresión a un marxismo heterodoxo que se encontraría ya presente de alguna forma en el autor, pero que éste reprimiría ante las urgencias del contexto político del comienzo de la Guerra Fría (Palmer, 2004: 75-81 y 89-90)⁵.

Hay algo de verdad en ambas interpretaciones, pues si bien es cierto que puede estipularse un giro en la trayectoria de Thompson a partir de 1956 —que encontraría expresión en los diferentes enfoques y objetivos que animan las dos ediciones del *Morris*; también lo es que no podemos considerar tal fecha como una ruptura total con la tradición marxista anterior ni, hasta cierto punto, con un comunismo de corte revolucionario— hecho que, nuevamente, encontraría expresión en las dos ediciones de la obra. El problema, a nuestro juicio, radicaría en la tendencia a ofrecer explicaciones excesivamente unilaterales; sesgo ligado, como ya hemos indicado, a una cierta toma de posición respecto al problema de cómo se producen las obras intelectuales: mientras Anderson tiende a escorarse hacia el polo de una explicación sociologista y objetivista —el mundo, 1956, se impone al sujeto e introduce una ruptura en su ser que decide y explica los diferentes significados de las dos ediciones del *Morris*—, Palmer bascula hacia el de una explicación internalista y subjetivista —el sujeto, fuente de sentido, no cambia en esencia, sino que expresa su verdadero ser cuando lo permiten las circunstancias del mundo; de ahí que se considere que el segundo *Morris* no supone una ruptura, sino un abundar en las partes «liberadoras» del primero—.

Ahora bien, si entendemos que el problema de ambas interpretaciones, antes que errar el diagnóstico radica en que sólo nos ofrecen una dimensión del problema, no tenemos por qué desecharlas. Podemos operar oponiendo los dos

⁵ En los dos casos resulta interesante relacionar cada una de estas propuestas con la forma en la que se posicionan ambos intérpretes respecto al objeto (Thompson) y respecto al campo de la historiografía: Anderson, enfrascado en un enfrentamiento con Thompson y los thompsonianos desde su asalto a la redacción de la *New Left Review*, apunta las rupturas y contradicciones; Palmer, que se erige en una de las cabezas visibles de la herencia thompsoniana, opta por insistir en la coherencia y la continuidad del programa al que se adscribe.

polos de la dicotomía con el fin, precisamente, de trascenderla: frente a la ruptura y a la continuidad unilateral emerge, de esta forma, la categoría de «variación». Esta categoría debe servirnos no sólo para iluminar una trayectoria social jalada tanto por rupturas como por permanencias, sino para comprender la forma en que dicha trayectoria se refracta en las diferencias y similitudes existentes entre las dos ediciones del *William Morris*.

3. LA TRAYECTORIA SOCIAL DE E.P. THOMPSON: EL SIGNIFICADO DE 1956

El proceso de formación de lo que Bourdieu denomina como *habitus* o estructura de disposiciones, adquiere en la figura de Thompson, unos rasgos característicos⁶. Nacido en 1924 en el seno de una familia de larga tradición metodista, transcurre su infancia en Oxford, donde su padre, poeta, impartía clases como profesor de lengua y cultura bengalí. Desde el final de la I Guerra Mundial, pero especialmente desde finales de la década de los 20, E. J. Thompson va orientándose progresivamente hacia el campo político, posicionándose de forma cada vez más acusada en contra del imperialismo inglés y a favor de la independencia de la India (su amistad con Tagore se complementa ahora con la de integrantes del Consejo Nacional Hindú o figuras como Gandhi y especialmente Nehru). De forma que la infancia de E.P. Thompson transcurre en contacto con tres redes en las que se inserta la figura paterna: red literaria, red política y, ambas, insertas en un entramado internacional. De la primera red, Thompson incorpora una serie de disposiciones asociadas a ese mundo artístico-literario que conformaba el ambiente intelectual de Oxford y la cotidianidad del hogar (Palmer, 2004: 43): valor de la retórica, visión encantada del mundo, concepción heroica y dramática del acontecer humano, oposición creadora entre intelecto y sentimiento, etc. De la segunda, adquiere una pronta educación política cuyo carácter se vincula a las tomas de posición que opera la figura paterna: anti-institucionales, heréticas o heterodoxas («me crié —afirma E.P. Thompson— pensando que los gobiernos fueran mendaces e imperialistas y creyendo que la propia posición debía ser hostil al gobierno» (Thompson, 1989: 302)⁷.

Al igual que su padre, Thompson se formó en la escuela metodista de Kingswood, en Bath. Si bien el propio protagonista reconoce que esta formación no dejó impronta en él, quizás debamos encapsular dicha valoración en lo referen-

⁶ Sobre el concepto de *habitus* como estructura de disposiciones asociadas a unas determinadas condiciones de existencia: (Bourdieu, 2004: 72). Sobre el concepto de *habitus* como categoría que permite vincular: lo social-lo individual, lo material-lo cultural, el pasado-presente-futuro (Moreno, 2004).

⁷ En este punto es relevante señalar como estas tomas de posición pueden y deben vincularse con las disposiciones de carácter religioso asociadas al *habitus* primario de E.J. Thompson. Éste y su mujer se situaban en la estela de un tipo de metodismo en el que dominaba una concepción de la divinidad y de la misión religiosa de tipo anti-jerarquica, benefactora y humanista.

te al contenido estrictamente religioso de la misma, no en lo tocante a determinadas pautas de conducta social asociadas, en este caso, a las confesiones disidentes. Son varios los autores que han acertado a revelar las «virtudes puritanas» que habrían contribuido a conformar el *ethos* de buena parte de los militantes del comunismo británico y, en concreto, de esa generación agrupada en torno al Grupo de Historiadores del Partido Comunista (GHPC): sentido de la autodisciplina, abnegación, espíritu de entrega o vocación transformadora del mundo (Samuel, 1980: 22-55 y Woodhams, 2001: 41 y 102-116).

Este conjunto de disposiciones adquiridas en la familia y la escuela, constituyen a grandes trazos el fondo desde el que nuestro autor encararía dos acontecimientos claves en los albores de su mayoría de edad: el ingreso en la universidad y la militancia comunista. En Cambridge, Thompson orientará sus pasos hacia la disciplina histórica —había empezado cursando literatura, materia que ocupaba una posición dominante dentro de los estudios de letras durante los años 30 y principio de los 40— y entrará en contacto con los círculos izquierdistas universitarios, donde conocerá a su mujer Dorothy y a los futuros miembros del GHPC. Esta red en la que se inserta Thompson se sitúa en un contexto histórico marcado por el avance del fascismo, el giro en la estrategia del *Komintern* hacia la política de Frentes Populares y el definitivo giro hacia la guerra. Frente a este contexto, la militancia política de la generación de intelectuales en ciernes se intensifica. Dentro del menú de posibles, las disposiciones del *habitus* thompsoniano y el capital simbólico que adquiere el movimiento comunista (vanguardia, disciplina, internacionalismo, capacidad para frenar al fascismo y, en el caso de Thompson, el ejemplo de la figura paradigmática de su hermano mayor Frank), deciden su incorporación al PCGB y el comienzo de su aproximación al marxismo. En definitiva, el «Cambridge rojo» supone para Thompson una segunda etapa formativa intelectual y política que se complementa con la adquisición de habilidades propias de la historia académica británica⁸.

Cómo correlato lógico a una militancia cada vez más activa y, nuevamente siguiendo los pasos de su hermano, Thompson parte como voluntario al frente italiano en 1944, a la edad de 20 años. Ahora bien, el fin del conflicto no sólo supuso la derrota del fascismo. Para muchos izquierdistas de la generación de Thompson, significó la clausura de una época de lucha popular e internacionalista: con los hielos de la Guerra Fría, una nueva etapa a nivel social, político e intelectual viene a sustituir al periodo frentepopulista de Entreguerras. La militancia comunista iba a dejar de ser sinónimo de luchas populares antifascistas para pasar a identificarse con la defensa de uno de los bloques en conflicto. Es en este punto dónde cabe situar el comienzo del fin del maridaje entre buena parte de la intelectualidad comunista británica y la dirección del partido. Sin embargo, no será hasta 1956 cuando Thompson y la mayor parte de los integrantes del GHPC abandonen la disciplina del PCGB. A partir de esta fecha asistimos a su-

⁸ Sobre Cambridge como espacio de sociabilidad intelectual y política durante los años 30 (Hobsbawm, 2003: 101-1112) y (Howarth, 1978: 155-232).

cesivas implicaciones del historiador inglés en movimientos sociales —desde la *New Left* al movimiento por la paz— que, de alguna manera, constituyen una rememora de esa experiencia frentepopulista en la que se había forjado el comunismo thompsoniano.

Ahora bien, ¿qué ocurre a lo largo desde esos 10 años que median entre el comienzo de la Guerra Fría y la definitiva ruptura con el PCGB? ¿Debemos elegir entre un Thompson que despierta súbitamente de su «sueño dogmático» o un Thompson que reprime conscientemente sus impulsos durante una década? 1956 supuso una verdadera convulsión en el movimiento comunista internacional en la misma medida, según Hobsbawm, que lo fue para el socialismo 1917, aunque en direcciones opuestas (Hobsbawm, 2002: 190). Pero para que un acontecimiento, por explosivo y traumático que fuere, sea percibido como tal y produzca una serie de respuestas y no otras, requiere unas disposiciones, unos criterios de significación y orientación específicos. En este sentido, debemos considerar que en el *habitus* thompsoniano *pre-1956* que hemos esbozado más arriba se dan cita, tanto disposiciones tendentes a generar comportamientos ortodoxos (disciplinados, institucionales, regulares, etc.) como heréticos (rupturistas, anti-jerarquicos, individualizados, etc.). Ante un movimiento comunista que, tras acabar la guerra gozaba de un enorme capital simbólico entre los sectores intelectuales izquierdistas —a lo que contribuyó paradójicamente la ola de mcarthyismo y el hecho de que aún conociéndose parte de la represión estalinista, lo que se sabía antes de 1956 no era lo mismo que se supo después— el *habitus* thompsoniano habría privilegiado la movilización de disposiciones ortodoxas. Este hecho explicaría que Thompson continuara militando en la disciplina del PCGB y que, en líneas generales, su concepción del proyecto comunista aún tuviera cabida dentro de la ortodoxia del partido⁹. Ahora bien, estas disposiciones no dejarían de convivir con otras de carácter herético, también incorporadas en su etapa formativa y que bien podían activarse cuando la relación entre la ortodoxia y el mundo se viviera de forma conflictiva. Esta doble faz del *habitus* thompsoniano y su adecuación, siempre frágil y renegociada al mundo de la temprana Posguerra, nos sitúa en la senda de una trayectoria social jalonada por la «variación» y nos ofrece, en consecuencia, las bases para comprender la convivencia en el primer *Morris* de «beatería estalinista» con elementos heterodoxos.

Desde esta perspectiva, 1956 supone una eventualidad, un acontecimiento clave que activa las disposiciones heterodoxas del *habitus* thompsoniano. A partir de este momento —y Morris no va a dejar de desempeñar un papel clave al respecto— las tomas de posición de Thompson se realinean. El objetivo pasa a ser ahora reconstruir un movimiento político e intelectual de izquierdas que rompa con el estalinismo y el marxismo ortodoxo a la par que se distinga de la socialdemocracia laborista. La experiencia de la *New Left* se presenta como un

⁹ Este comportamiento es extensible al resto del GHPC (Benitez, 1996: 35) y (Hobsbawm, 1978: 117).

intento de responder a este objetivo. Al menos por lo que a la figura de Thompson se refiere¹⁰, este movimiento adquiere o debe adquirir un perfil socialista y marxista, si bien en clave de lo que fue su experiencia frentepopulista: véase, como un movimiento popular y democrático capaz de romper las estructuras bipolares de la Guerra Fría que, a su vez se entiende, taponan la emergencia de dicho movimiento (Thompson, 1959: 9-10).

Dicho de otro modo, las disposiciones heréticas enfrentadas a los acontecimientos de 1956, determinan esta variación en la estrategia política e intelectual thompsoniana. Esta toma de posición frente al marxismo ortodoxo, se mantiene en estado, podríamos decir, «de letargo político» en el periodo que media entre el fracaso de la primera *New Left* en 1962 y la reactivación del movimiento por la paz y contra el desarme nuclear a principio de los 80. En estos casi 20 años se produce la consagración intelectual y académica de Thompson, y por extensión de la historiografía marxista británica. Parte de este éxito se debe precisamente al carácter de marxistas heterodoxos que estos historiadores habrían sabido imprimir a su obra y a su imagen pública. Por otro lado, durante los años 70, comienza la recepción del althusserianismo en el universo marxista británico, especialmente entre los más jóvenes. De forma que, a mediados de los años 70, Thompson se encontraba sometido a los siguientes condicionantes: una posición consagrada dentro del campo académico asociada a la figura de un historiador marxista heterodoxo, la identificación de una amenaza (Althusser) de lo que se considera una reactivación del estalinismo y, finalmente, un proyecto político que, a grandes rasgos, continúa en la estela de ese socialismo de corte frentepopulista que, por otro lado, se avendrá con las características del movimiento civil por la paz y el desarme nuclear en ciernes¹¹.

Dadas estas condiciones, ha llegado para Thompson el momento de revisar la lectura que ofreció en 1955 de lo que habría supuesto, no sólo una de sus mayores fuentes de recursos teóricos y políticos, sino una verdadera seña de identidad, un rasgo distintivo de su subjetividad política e intelectual. Pero en esta ocasión, los objetivos que animan la revisión del *William Morris* se configuran desde una posición de dominio (académica, intelectual y política); posición que, al distinguirse en relación a la ortodoxia estalinista y al PCGB —situados

¹⁰ Sobre las diferentes sensibilidades que se dan cita en la *New Left*; véase. (Dworkin, 1997) y (Kenny, 1995).

¹¹ Dos cuestiones resultan aquí pertinentes. Por un lado, Thompson considera que el movimiento por la paz no sólo posee un carácter civil o social: es también un movimiento político. Romper las estructuras de la Guerra Fría a través de una alianza de países no alineados, entiende, vendría de la mano de un proceso de democratización que abriría el camino a un trasvase de poder hacia el pueblo (Thompson, 1959). En segundo lugar, al menos en Gran Bretaña, el movimiento por la paz alcanza unas cotas de militancia y de capacidad de presión sobre la política gubernamental que sobrepasa con mucho las fuerzas de un minúsculo y desprestigiado PCGB. En este sentido, y pese al trauma que supone en la trayectoria del personaje, el traslado de capital político de un partido comunista clásico a un movimiento social de nuevo cuño, se salda de forma positiva. En los años 80, según Palmer, Thompson era la cuarta figura pública más conocida de Inglaterra, tras la reina, la reina madre y M. Thatcher.

en una posición dominada—, puede presentarse paradójicamente como heterodoxa. La dialéctica que se establece entre esta ambivalente posición y un *habitus* en el que se dan cita disposiciones rupturistas y disciplinadas, explicaría la peculiar combinación de objetivos y enfoques que caracteriza a la segunda edición del *Morris*. Mientras que, por un lado, se pretende profundizar y reforzar las líneas rupturistas presentes en la primera edición con el fin de consolidar la «heterodoxia thompsoniana»; por otro, no se deja de considerar que el programa intelectual y político de Morris debe continuar insertándose en la estela del marxismo, si bien, insistimos, dentro de una posición *sui generis* a la par crítica y enriquecedora de la tradición.

En definitiva, desde la perspectiva propuesta, tanto el *Morris* de 1955 como el de 1977 constituyen tomas de posición asociadas a diferentes situaciones sociales que vienen definidas por la variante relación entre un *habitus* y las urgencias del mundo al que esta se enfrenta. Esta variación impone al autor diferentes objetivos y cuestiones pertinentes —de índole político y estrictamente intelectual— que sin duda condicionan la producción y reelaboración de la obra. De aquí que interpretar adecuadamente el significado de ambos escritos suponga reinsertarlos en la secuencia de situaciones que jalona la trayectoria thompsoniana. Sin embargo, esta condición necesaria, no resulta suficiente.

4. THOMPSON Y LOS ESTUDIOS SOBRE MORRIS: EL CAMPO DE POSIBLES

Si, pese a que la producción de las dos versiones del *Morris* viene determinada por las condiciones y urgencias prácticas a las que se enfrenta el *habitus* del autor, aún podemos considerar que ambas constituyen trabajos historiográficos pertinentes, se debe a que las tomas de posición en ellas implícitas se encuentran refractadas a la lógica que gobernaba la discusión historiográfica sobre «el caso de Morris». Merced a la autonomía relativa de la que gozan los campos de producción del saber, Thompson se vería obligado a traducir su experiencia social acumulada y sus tomas de posición políticas e intelectuales a las posibilidades legítimas que estructuraban el subcampo de los estudios sobre Morris (agentes en pugna, problemas pertinentes, uso de fuentes, argumentaciones y tramas plausibles, etc.)¹². Por tanto, los *Morris* de Thompson sólo pueden leerse como indicativos de tales tomas de posición a condición de descodificar el trabajo de refracción que las convierte en estrategias dentro del subcampo de los estudios sobre Morris. Debemos, en consecuencia, comenzar reconstruyendo este espacio semiautónomo en relación al cual se posiciona Thompson.

En este sentido, podemos considerar que el espacio en cuestión se estructura en función de la polémica sobre el sentido que cabe imprimir a la figura y a la

¹² Aquí consideramos el campo de los estudios sobre Morris como un espacio semiautónomo, un subcampo en el marco de la historiografía británica.

trayectoria de Morris y de aquí, sobre qué tipo de fuentes son las más adecuadas y cómo articular el relato historiográfico del personaje. En otras palabras, en tanto que Morris constituye un agente implicado en los juegos de diferentes campos sociales (Morris el artista-artesano, el poeta, el pensador, el político, el marido, etc.), el primer criterio de diferenciación apunta a cómo articular y jerarquizar esta multiplicidad que caracteriza la trayectoria del personaje.

Thompson ya había comenzado a trabajar la figura de Morris en el marco de su docencia a adultos en la Universidad de Leeds. Según el mismo confiesa, el móvil inmediato que le condujo a tratar de forma extensa «el caso Morris» fue la publicación de dos libros «muy malos» en los que se le disociaba de la tradición socialista. De esta declaración, deducimos que para Thompson la trayectoria política de Morris —y sus implicaciones intelectuales—, constituye el hilo fundamental de la trama a partir del cual debe articularse el resto de dimensiones. Este hecho queda corroborado en el contenido de ambas ediciones del *Morris*. Por tanto, la posición de Thompson se distingue, en primer lugar, respecto a la de aquellos autores que construyen la figura de Morris ignorando o subordinando la dimensión militante del personaje (Thompson, 1996: 749/686)¹³.

En segundo lugar, dentro del menú de posibles que entienden la militancia de Morris como un aspecto clave para comprender su trayectoria social e intelectual, la posición que ocupa Thompson se sitúa frente a quienes, aún considerando la filiación socialista del personaje, la disocian del marxismo mediante diferentes estrategias: ya considerándola como vaporosa o antimarxista —línea interpretativa que cabe retrotraer a contemporáneos de Morris como J. W. Mackail o J. Bruce Glacier (Thompson, 1996: 741-750/680-687)—, ya vinculándola a una suerte de fabianismo al estilo B. Shaw —como hace W. Wolfe (Thompson, 1996: 771/707)—, ya redimensionando su simpatía por cierto anarquismo kropotkiniano —como induce la obra de J. W. Hulse (Thompson, 1996: 771-773/707-709).

Frente a estas interpretaciones la posición de Thompson tanto en 1955 como en 1977 se sitúa en el ámbito de aquellos estudios que sostienen, no sólo la filiación de Morris al marxismo revolucionario, sino la centralidad de tal hecho en la comprensión de su trayectoria. Ahora bien, dentro de esta posición caben nuevas subdivisiones, diferenciación que cobra toda su importancia, como hemos puesto de manifiesto más arriba, en la edición de 1977. La nueva línea divisoria descansa ahora sobre a qué tipo de «familia» intelectual y política marxista cabe asociar la figura de Morris. Desde esta perspectiva, la posición de Thompson se define en relación a dos interpretaciones alternativas. Por un lado, la de S. Pierson, quien desde el campo de la historia intelectual sostenía en su obra *Marxism and the Origins of British Socialism* que el marxismo de Morris se ha-

¹³ Sobre los diferentes estudios que, publicados entre la primera y la segunda edición, se sitúan en esta línea, Thompson emite diferentes juicios, no todos críticos. Véase, sobre la dimensión artística del personaje (v.g. P. Floud o R. Watkinson), la literaria (v.g. J. Lindsay o J. Goode) o la de sus relaciones personales con familiares y amigos (v.g. P. Henderson) (Thompson, 1996: 763-767/697-702).

bría visto diluido en la corriente de tradición romántica y utópica de la que éste provenía, vaciando prácticamente su propuesta de lo que puede considerarse el canon clásico del marxismo científico (Thompson, 1996: 774/710). En el extremo opuesto se sitúa *La Pensée Utopique de Williams Morris*, de P. Meier, quien exhibe la imagen de un Morris convertido al marxismo ortodoxo (Thompson, 1996: 780/716). Meier entiende esta ortodoxia en términos del canon leninista y procede a valorar las tomas de posición de Morris en función de dicho canon, disculpándolas —en términos muy parecidos a cómo Engels enjuiciaba a Morris: por el peso de un romanticismo regresivo, utópico y poco práctico— cuando dichas propuestas divergen del modelo¹⁴.

5. LAS TOMAS DE POSICIÓN DE THOMPSON FRENTE AL CASO MORRIS

En oposición a esta conjunto de interpretaciones, Thompson se posiciona y diseña su estrategia en relación al sentido que cabe imputar a la trayectoria morrisiana. La elaboración de la trama responde en ambas ediciones a un relato biográfico desde el cual se pretende dotar de un orden cronológico y lógico (un sentido, en su doble acepción), recogido en el mismo título de la obra: el periplo que lleva a Morris de romántico a revolucionario. A lo largo de sus más de 800 páginas asistimos a la lenta y conflictiva transformación de un artista romántico en un socialista revolucionario. Para Thompson, este periplo constituye el hilo conductor que articula la trama vital de Morris y, por tanto, el referente desde el que debe organizarse el resto de las facetas del personaje. La pregunta pertinente pasa a ser entonces, ¿por qué Thompson identifica precisamente aquí el sentido del «caso Morris» y, en consecuencia, articula el relato en función de dicha toma de posición? En la línea de la propuesta que hemos presentado, dos serían las dimensiones a atender: en primer lugar, la trayectoria social e intelectual de Thompson y las urgencias prácticas a las que éste se enfrenta; en segundo lugar, la refracción de estos determinantes a la lógica del campo de los estudios sobre Morris, donde se decide la forma en la que el historiador inglés concibe la estructura del campo, se orienta en sus luchas y se posiciona articulando una propuesta distintiva.

En este sentido, la propia trayectoria de Thompson configura una disposición a situar en el tránsito de artista romántico a socialista revolucionario, el referen-

¹⁴ Otras obras frente a las que se posicionará Thompson, en un tono quizás de menor confrontación, son *Utopies et dialectique du Socialisme* de M. Abensour y *William Morris and the Dream of Revolution* de J. Goode (Thompson, 1996: 786-799/723-735). El tema de discusión gira en torno al contenido utópico del pensamiento político de Morris y la incapacidad del marxismo cientifista para converger con esta faceta del morrisianismo. Entre otros aspectos destacables de la diatriba, Thompson es acusado de aceptar la fórmula de «utopismo científico», lo que conlleva un rechazo del utopismo en cuanto tal, puesto que sólo se acepta como válido por su capacidad para incorporar contenidos científicos.

te a partir del cual elaborar el relato sobre Morris: un aspirante a poeta, impregnado desde el seno familiar de una cultura literaria y romántica que, finalmente, canaliza sus disposiciones por diversas contingencias hacia el campo político y al de la historia, militando en una formación comunista y alienándose con la historiografía marxista, respectivamente. Esto no significa, sin duda, que Thompson se limite a convertir a Morris en una suerte de *alter ego* o ficción a partir de su experiencia el perfil del personaje. La lectura que nos ofrece es perfectamente factible, un posible dentro del entramado de los estudios morrisianos: ciertamente, Morris fue un literato y artista polifacético que participó en la revuelta romántica contra el capitalismo victoriano y que tras el fracaso de esta experiencia pasó a militar en las filas de un partido marxista, convirtiéndose en uno de sus líderes intelectuales. Por tanto, existe una disposición, podríamos decir legítima, a dotar de este sentido general a la vida y al relato de Morris. Al tomar posición en la estela de este posible, Thompson se sitúa frente a quienes ignoran la faceta política de Morris o la subordinan a otras dimensiones como la familiar, la artístico-empresarial o la literaria. Ahora bien, arrojar luz sobre la forma en la que se concreta esta toma de posición general sobre la vida-relato de Morris, requiere que reconstruyamos brevemente el proceso por el que Thompson traduce aspectos claves de su trayectoria política e intelectual a los posibles que le ofrecía el campo de los estudios sobre Morris.

La toma de posición de Thompson respecto a la trayectoria política de Morris

Dado el escenario que hemos esbozado más arriba, cabe distinguir dos contextos políticos en la militancia de Thompson, diferenciados por 1956. Antes de esta fecha —momento en el que elabora el primer Morris—, Thompson se mantiene en la disciplina del PCGB como un activo militante. Desde 1956, interviene en primer lugar en la construcción la *New Left* como movimiento de izquierdas revolucionario, alternativo al laborismo y al leninismo. Este proyecto fracasaría definitivamente en 1962, coincidiendo con la entrada en la dirección del órgano principal del movimiento —la *New Left Review*— de un nuevo *staff* comandado por P. Anderson. En la década de los 70, Thompson se encontraba encuadrado en el ala izquierda y crítica del Partido Laborista y, lo que es más importante, había desarrollado una potente labor en defensa de los derechos civiles en Gran Bretaña que prepara el terreno para su total implicación en el segundo movimiento por la paz y el desarme nuclear que se activa en la década de los 80. Este giro en la trayectoria política de Thompson resulta determinante a la hora de comprender por qué en la primera edición de la obra uno de los objetivos fundamentales es mostrar que la militancia de Morris se adecua a las líneas generales de un socialismo marxista revolucionario y por qué en la segunda, se vuelcan esfuerzos en mostrar la singularidad de dicha militancia dentro del movimiento revolucionario.

Ahora bien, si en la línea que hemos propuesto enfocamos la trayectoria política thompsoniana desde la categoría de variación, debemos atender no sólo a las rupturas, sino también a las continuidades. En este sentido, desde la militancia comunista a la participación en el movimiento por la paz, pasando por la *New Left*, existe una constante significativa: para Thompson son movimientos internacionalistas que tienden hacia una suerte de socialismo humano de rememora frentepopulista; véase, como movimientos de aspiraciones revolucionarias, pero sobre una base popular y desde métodos democráticos. Precisamente, la percepción de que los partidos comunistas en el contexto de la Guerra Fría habían dejado de significar lo que significaban en el periodo de frentes populares y de guerra revolucionaria de liberación, determinó —junto con la pérdida de capital simbólico del movimiento comunista en Gran Bretaña— la ruptura con los cuadros del PCGB. Esta «cultura política» asociada a la militancia de Entreguerras como contexto en el que comienza a forjarse el *habitus* thompsoniano, se encuentra profundamente arraigada y tiñe, más allá de las incuestionables diferencias, la implicación de Thompson en las diferentes organizaciones en las que milita¹⁵. Elemento relativamente estable del comportamiento político de Thompson, nos permite identificar un espacio dentro del cual se mueve la trayectoria política thompsoniana; espacio, a su vez definido, en relación a otras tomas de posición alternativas: la protesta contracultural (apolítica, bohemia o *beatnik*), la sociedad del bienestar de la elite del laborismo socialdemócrata, el anarquismo y, de forma definitiva desde el 56, el comunismo ortodoxo del PCGB.

Es dentro de este espacio relativamente estable donde varían los objetivos políticos que cabe asociar a la producción de las dos versiones del *Morris*. Por otro lado, en ambos casos, estos «objetivos políticos» deben conciliarse con las posibilidades que estructuran el campo de los estudios morrisianos. Thompson opera entonces un juego de homologías que va definiendo el espacio político en el que, según entiende, cabe situar la figura de Morris. Antes de 1956, Thompson está interesado en situarse frente a una historiografía de corte tradicional que disocia a Morris de cualquier tipo de socialismo; posición, entiende, guarda una relación de homología con la que, en el campo político, ocupan conservadores y liberales. También se toma distancia frente a los intentos por asimilar a Morris al fabianismo, posición que, traducida a la estructura del campo político, Thompson corresponde con la de la elite del laborismo socialdemócrata. A partir de 1956, y frente a la urgencia de definir un espacio político de izquierdas *sui generis*, la intensidad del debate se desplaza al interior de las diferentes sensibilidades revolucionarias. Ahora se presenta como necesario redimensionar la particularidad de la militancia morrisiana, de forma que Thompson toma distancia

¹⁵ Especialistas como Dworking, Kenny o Woodhams insisten en que el peso de este contexto formativo frentepopulista caracteriza la «cultura política» de la generación de intelectuales radicales coetáneos a Thompson. Protagonistas como Hobsbawm o el propio Thompson confirman el diferente significado que (para ellos, se entiende) adquirió el comunismo entre el periodo 1947 a 1956, y posterior, en comparación con la etapa anterior.

frente a la posición de Meier, que se entiende guarda una relación de homología con la que en el campo político ocuparía el PCGB y el leninismo. Pero esta operación no debe desembocar en una oposición frontal de la militancia de Morris a alguna suerte de estrategia política marxista. De aquí que Thompson se sitúe frente a Hulse —posición que traducida a la estructura del campo político corresponde con los anarquistas— y frente a Pierson —que al rebajar el contenido político del mensaje socialista de Morris, lo sitúa en relación homóloga a la de ciertos sectores de la *New Left* y del movimiento por la paz, con los que Thompson polemiza por su intelectualismo y tibieza política—.

En definitiva, Thompson se posiciona en relación a la trayectoria política de Morris sobre la base de ese espacio relativamente estable en el que, el *habitus* articula los variantes objetivos políticos y los somete a los filtros que impone el campo. El compromiso político de Morris se nos presenta entonces en un espacio que se define frente a la revuelta romántica de carácter estético, frente al fabianismo y su política de paliativos, frente al nihilismo anarquista y frente al dogmatismo de la FSD de Hyndman¹⁶.

La toma de posición de Thompson respecto a la trayectoria intelectual de Morris

El capital intelectual incorporado por Thompson desde el seno familiar y en contacto con los círculos izquierdistas universitarios, lo situaron en la estela del GHPC. Estos historiadores —que con la disolución del grupo en 1956 fundarían instituciones como *Past and Present*, *Socialist Register* o, posteriormente, *History Workshops* y *Social History*— se caracterizan por haber ensayado con notable éxito una combinación entre principios marxistas, la vieja tradición de la historia social británica y los protocolos de la historiografía académica. A partir de dicha combinación, produjeron una historiografía marxista rigurosa —según esos protocolos reconocidos por la disciplina—, centrada fundamentalmente en la experiencia de las clases populares, los conflictos de clase y la relación entre factores económicos, políticos y culturales que explicarían los fenómenos de acción social. En definitiva, la producción de estos historiadores, dentro del universo marxista británico, se situaba en la estela de lo que McCann denomina como la tradición del «utopismo científico»; tendencia que enlaza con el ro-

¹⁶ Morris ingresó en la Federación Socialista Democrática (FSD) en 1883. La Federación reunía diferentes sensibilidades y tipos sociales de carácter más o menos marxista. Las desavenencias dentro de la Federación, especialmente con la dirección de Hyndman provocan una serie de rupturas, de donde se desgaja la Liga Socialista, donde concurren el círculo próximo a Engels (Aveling, Eleanor Marx, Bax, etc.). Morris militará en la Liga como uno de los dirigentes destacados —escribirá el programa del partido— hasta 1990. Las sucesivas crisis, el control que comienzan a ejercer los nihilistas anarquistas y la emergencia del nuevo sindicalismo deciden finalmente su salida de la Liga. Tras dar su apoyo a diferentes organizaciones socialistas pero son militar en ningún partido, acabará, ya al final de sus días, volviendo a aproximarse a la FSD y a Hyndman.

manticismo inglés y que se define en relación a la que el propio McCann denomina como «racionalismo científico» (McCann, 1997: 10 y 12).

Esta forma de entender y movilizar los recursos intelectuales del marxismo, recibió el espaldarazo de la dirección del partido durante la década de los 30 y 40, en detrimento de la línea más naturalista, economicista o especulativa de la tradición (McCann, 1997: 17-18). En buena medida, esto se debió a una acertada valoración del PCGB: la ofensiva en el frente intelectual debía contar con la vanguardia asociada a las disciplinas que, en esa coyuntura, eran sinónimo de la excelencia académica: la literatura especialmente, pero también la crítica del arte y la historia. En consonancia con el cariz del contexto político-ideológico, este escenario venía acompañado por la trayectoria ascendente de enfoques asociados al voluntarismo, al historicismo o al romanticismo.

Ahora bien, el comienzo de la Guerra Fría supuso un giro decisivo en esta situación. Disciplinas como la sociología, la psicología o la antropología comenzaron a desplazar a aquellas que, hasta la fecha, ocupaban la cumbre de la jerarquía académica. Paralelamente, se aprecia como, a partir de mediados de los años 50 en adelante eclosionan propuestas teóricas de corte naturalista, antihistoricista y antihumanistas: el funcionalismo (en sociología y antropología), el cuantitativismo (en historia económica) o el estructuralismo (con especial relevancia, en relación a nuestro tema de estudio, del estructuralismo marxista).

En definitiva, cuando Thompson se encuentra aún en una etapa formativa y no es sino un aspirante dentro de la estructura de poder de los campos historiográfico y marxista, el capital cultural específico adquirido se presenta en consonancia con la dinámica de los tiempos: por un lado, una revalorización de disciplinas como la historia o la literatura y de enfoques de tipo accionalista (o voluntarista) y de raigambre romántica; por otro, un marxismo que, con el beneplácito de la dirección del partido y adecuándose a las presiones del campo político e intelectual, apuesta por imprimir nuevos bríos a su propia tradición romántica e historicista. El peso de esta inercia positiva, pese al cambio que comenzaba a operarse en el equilibrio de fuerzas de las disciplinas humanas y del universo marxista, determinaría la forma en que Thompson interpretó en 1955 la trayectoria intelectual de Morris: su objetivo era demostrar que no había contradicciones sustanciales entre las principales tesis intelectuales del marxismo y el punto de llegada del pensamiento de Morris tras su etapa romántica. De esta forma, Thompson se sitúa frente a aquellas posiciones que consideraban a Morris, bien como, exclusivamente un gran artista o literato romántico, bien como uno de los pioneros intelectuales del fabianismo en la estela de B. Shaw. Frente a estas lecturas que disocian a Morris del marxismo, Thompson nos ofrece un relato en el que nos narra como, en los años 80 del siglo XIX, el pensamiento romántico de Morris ya había evolucionado hasta un terreno que le pre-disponía a una asimilación de diferentes elementos marxistas. Esta evolución, según Thompson, vendría de la mano del estudio de tres problemáticas claves: el análisis social del trabajo, la identificación de los males de la sociedad contemporánea, no en el industrialismo, sino en las relaciones sociales capitalistas y, fi-

nalmente, una concepción de la dinámica histórica en términos de conflictos y superaciones. Con la lectura de *El Capital* hacia 1883, Morris pudo definitivamente articular estas intuiciones en una teoría coherente de signo inequívocamente marxista (Thompson, 1996: 271-272): sus análisis del trabajo harán referencia, en diferente grado y profundidad, a nociones como alienación, explotación y plusvalía; en su interpretación de la sociedad capitalista asumirá el concepto de modo de producción; y, por último, quizás lo más relevante, Morris conforma su concepción del proceso histórico en términos de lucha de clases.

Ahora bien, el contexto intelectual en el que Thompson reedita el *William Morris* difiere del que se asocia a la primera versión de la obra. A lo largo de la década de los 50 y 60 hemos visto como se reorganiza el equilibrio de fuerzas entre las diferentes disciplinas y propuestas teóricas. Paradójicamente, la historia social marxista continuaría su dinámica ascendente. En buena medida, esto se debió a la capacidad para definir un espacio de creación propio dentro del campo historiográfico y de aquí, en el panorama de las ciencias sociales. Y esto, a su vez, fue posible por la combinación de tres elementos claves: un capital intelectual que se nutría fundamentalmente de historia social, historia académica y marxismo; la ruptura de la mayor parte de sus representantes con el PCGB —lo que les permitía distinguirse frente al marxismo ortodoxo—; y la elaboración y presentación de las propias propuestas como alternativa a la historia económica y al funcionalismo. En definitiva, la capacidad para construir un espacio propio de creación intelectual sobre estas bases fue la clave del éxito de Thompson y de los historiadores marxistas británicos. En la segunda mitad de la década 60 llegaría la definitiva consagración académica e intelectual.

De modo que, en los años 70, Thompson formaba parte de la elite no sólo de la historiografía, sino del panorama marxista en Gran Bretaña. Esta doble posición de dominio se vería amenazada a lo largo de la década por la recepción del estructuralismo en su vertiente althusseriana entre una joven generación de intelectuales británicos, fundamentalmente por la labor de apertura al escenario francés operada en años anteriores por dos instituciones que competían en el espacio intelectual con los *Past and Present* y *Socialist Register*: la *New Left Review* y el *Centre for Contemporary Cultural Studies*. La «amenaza althusseriana» no reside exclusivamente en una posible pérdida de clientela intelectual. Comprender la polémica que sigue a la edición de *The Poverty of Theory* en las páginas de *History Workshops*, nos remite también a los diferentes capitales intelectuales específicos asociados a la vieja generación de historiadores marxistas y al althusserianismo. Sea como fuere, en defensa del espacio de atención, de la posición dominio y del capital historicista, romántico y humanista Thompson acusa a Althusser de romper con la tradición del materialismo histórico, de teorismo naturalista y, finalmente, de estalinismo (Thompson: 1995: 1-5). En otras palabras, lo considera una perversión (sofisticada) del marxismo ortodoxo con el que había roto en 1956. Por tanto, la coyuntura de mediados de los 70 se presenta para Thompson como adecuada para ofrecer una revisión de la primera edición del *William Morris* y retomar las tomas de posición que, consideradas

como más heterodoxas, redimensionaban la particularidad del pensamiento morrisiano, precisamente, respecto a la vertiente naturalista y antihistoricista del marxismo¹⁷.

Ahora bien, la defensa de esa posición de dominio frente a la «ortodoxia redivida» no se presenta como una negación del polo cientifista y naturalista del marxismo, sino como un reestablecimiento del equilibrio entre dicha tradición y la historicista-romántica; equilibrio, se entiende, amenazado por la ofensiva de naturalista e identificado con la tradición, al menos en Gran Bretaña, de la historiografía marxista. Esta estrategia por la que se apela a un benéfico equilibrio en peligro a la par que éste se identifica con la propia posición es una estrategia posible porque, junto con la formación literaria y romántica de la generación de historiadores marxistas, convive una sólida convicción en el poder analítico de las ciencias sociales que se deriva, precisamente, de la incorporación de los protocolos de la historiografía académica británica y de un marxismo que no puede desprenderse de su herencia naturalista-ilustrada.

Operando desde estas urgencias, Thompson confirma en la versión del 77 la secuencia del periplo intelectual de Morris que había establecido en la primera edición. Sin embargo, ahora insiste en que, pese a la convergencia, la herencia romántica de Morris no desaparece bajo el peso de la vertiente naturalista del marxismo¹⁸. Aun una vez transformada, esta herencia continuará desempeñando un papel decisivo en el pensamiento de Morris, lo que, precisamente, impide dicha asimilación. De manera que, mientras Morris supo transformar el legado romántico y ponerlo en disposición de converger con el marxismo, éste no supo mantenerse en ese espacio de confluencia al bascular paulatinamente hacia su herencia naturalista sin problematizarla, en la misma medida que Morris había hecho con el romanticismo. Thompson insiste entonces en esta segunda edición en esos elementos característicos del pensamiento de Morris que, entiende, permiten restablecer el equilibrio original: frente al determinismo, una concepción de la acción humana en términos de necesidad-deseo; frente al economicismo, el realismo moral; frente al utilitarismo, el papel del pensamiento utópico. En definitiva, en esta segunda edición, Thompson evoca un Morris, en sus propias palabras, capaz de «rellenar los silencios» que Marx habría legado a la tradición marxista posterior; terminología que nos remite nuevamente, ni a una completa ruptura, ni a una absoluta continuidad con la tradición de Marx, sino a una variación respecto a la misma.

Pero esta toma de posición debía elaborarse en relación a los diferentes agentes que, en ese momento, competían en el campo de los estudios morrisianos. Manteniendo las diferencias con la historiografía de corte tradicional y

¹⁷ Recordemos que *The Poverty of Theory* se edita en 1978. Es decir, Thompson ya había comenzado a visualizar la amenaza de Althusser cuando se edita la segunda versión del *Morris*.

¹⁸ Thompson entiende que Marx comienza a escorarse hacia el polo naturalista desde mediados de los 40. Finalmente, esta tendencia sería la que quedaría canonizada como ortodoxia (THOMPSON, 2000: 14). Recordemos que para Althusser, el Marx que establece una ruptura epistemológica y comienza a producir ciencia es precisamente el que cuestiona Thompson.

con la interpretación fabiana, Thompson se define frente a quienes como Meier pretenden reducir el pensamiento de Morris al canon marxista —posición homóloga a la que el marxismo ortodoxo ocuparía en el espacio intelectual—. En la misma medida, se sitúa frente a Pierson, cuyo intelectualismo —otro de los pecados de los que Thompson acusará a Althusser y a los *Cultural Studies*— le impide comprender el vínculo práctico que Morris selló entre la tradición romántica y el marxismo. Y, finalmente, en el extremo opuesto, polemiza con Abensour y Goode quienes, como hemos visto, acusaban a Thompson de desfondar el componente utópico de la propuesta de Morris, al aceptar el término de «utopismo científico». Esta postura, homóloga a una vuelta unilateral al historicismo, al voluntarismo y al utopismo, es reprobada por Thompson —bien es cierto que con cierta deferencia— al considerar que el programa utópico de Morris se construye sobre la base de análisis científicos (históricos y sociales); en otras palabras, un «utopismo disciplinado» que, como toma de posición, vuelve a remitirnos a ese doble territorio en el que se mueve el *habitus* y el capital intelectual thompsoniano.

6. CONCLUSIONES

Apostar por una «ciencia social de las obras» permite arrojar luz sobre el inconsciente que, en forma de experiencia social acumulada, volcamos en las tomas de posición que llevamos a cabo quienes trabajamos en el campo de producción de objetos intelectuales. Esta práctica resulta especialmente útil en el caso de aquellas subjetividades que —ya de forma positiva, ya de forma negativa (véase, oponiéndose a una propuesta que finalmente tendría éxito y favoreciendo así a su consagración)— fueron protagonistas de un proceso de revolución de la estructura del campo, contribuyendo así a hacer de la disciplina en cuestión lo que es en la actualidad. Abogar por una «ciencia social de las obras» supone desde esta perspectiva un ejercicio práctico de reflexividad sobre los objetos y herramientas heredados desde los que trabaja la disciplina.

Pero es más, esta práctica resulta aún más adecuada en el caso de aquellos autores que, habiendo revolucionado la estructura del campo, poseen una trayectoria caracterizada por algún punto de inflexión que hace a la tradición distinguir dos etapas, sobre cuyo significado y pertinencia suelen generarse ríos de tinta. Esto no significa que la propuesta en cuestión vaya a zanjar estos debates: sólo contribuirá a arrojar luz sobre la forma en la que las cambiantes circunstancias sociales y urgencias prácticas a las que se enfrentaba el autor pudieron influir en el cambio de orientación de su obra (piénsese en el caso de Marx o Wittgenstein).

Pero, finalmente, una «ciencia social de las obras» no sólo acierta a identificar los vínculos entre las variaciones de las urgencias y de los textos. También permite reconstruir el filtro que media entre ambas instancias: la estructura, normatividad y lógica que regula el campo disciplinario en un momento dado y que, como señala Bourdieu en la cita con la que abrimos el texto, «impone así a toda

intención expresiva una sistemática transformación». Hemos intentado mostrar cómo este proceso se plasma en una figura en la que, como la de Thompson, resulta difícil distinguir al intelectual del político. Y aún así, es posible apreciar, aprovechando su variante relación con «el caso Morris», como —y volvemos a la cita de Bourdieu— entre las disposiciones ético-políticas que orientaban su discurso y la forma final de ese discurso, el campo semiautónomo de la historiografía interpuso un sistema de problemas y de objetos de reflexión legítimos e impuso así a la intención expresiva de Thompson una sistemática transformación. Que Thompson se plegara a esas exigencias explica por qué, independientemente del juicio que nos merezcan las diferencias y similitudes entre las dos ediciones o los objetivos «externos» que las animaron, ambas se insertaron en el circuito de discusión de los especialistas.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, P. (1980): *Arguments Within English Marxism*. London, Verso. [(1985): *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*. Madrid, Siglo XXI].
- BARNES, B. y BLOOR, D. (1996): *Scientific Knowledge: A Sociological Analysis*. London, Athlone and Chicago University Press.
- BOURDIEU, P. (2002): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona. Anagrama.
- (2004): *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge. Cambridge Studies in Social and Cultural Anthropology.
- BENÍTEZ, P. (1996): *EP Thompson y la Historia: un compromiso ético y político*. Madrid, Talasa.
- COLLINS, R. (1996): *The Sociology of Philosophies: A Global Theory of Intellectual Change*. Cambridge, Harvard University Press, 1996.
- DWORKIN, D. (1997): *Cultural Marxism in Postwar Britain: History, the New Left, and the Origins of Cultural Studies*. (Post-Contemporary Interventions.) Durham, N. C.: Duke University Press.
- HOBBSAWM, E. (2002): *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*. Barcelona, Crítica.
- (1978): «The Historians' Group of the Communist Party». En Conforth, M. (ed.): *Rebels and Their Causes: Essays in Honour of A. L. Morton*. London.
- HOWARTH, T. E. B. (1978). *Cambridge between two wars*. London, Collins.
- KENNY: *The First New Left. British Intellectuals after Stalin*. Lawrence & Wishart, London.
- KAYE H. J. y MCCLELLAND, K. (1990): *EP Thompson: critical perspectives*. Cambridge, Polity Press.
- KUSH, M (2006): *Psychological Knowledge: A Social History And Philosophy*. London, Routledge.
- MCCANN, G. (1997): *Theory & History: The Political Thought of E.P. Thompson*. Aldershot, Ashgate.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2004): «Cuerpo, género y clase en Pierre Bourdieu». *Pierre Bourdieu, las herramientas del sociólogo*. Madrid, Fundamentos.
- PALMER, B. D. (1994): *E. P. Thompson: Objections and Oppositions*. London and New York, Verso. [Palmer, B. D. (2004): *E. P. Thompson: Objeciones y oposiciones*. Valencia. Universitat de Valencia Publicacions].

- PALMER, B. D. (1981): *The Making of E.P.Thompson: Marxism, Humanism & History*. Toronto, New Hogtown Press.
- SAMUEL, R. (1980): «British Marxist Historians (1880-1980)». *New Left Review*, nº 120.
- THOMPSON, E. P. (1959): «The New Left». *The New Reasoner*, nº 9.
- (1976): «An Interview with EP Thompson». *Radical History Review*, III, nº 4.
- (1978): *The Poverty of Theory and Others Essays*. London, Merlin Press.
- (1989): *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona, Crítica.
- (1995): *The Poverty of Theory*. Harmondsworth. Merlin Press.
- (1996): *William Morris: Romantic to Revolutionary*. London, Merlin Press.
- (2000): *Agenda para una Historia Radical*. Barcelona, Crítica.
- SEARBY, P. *et al.* (1981): «Edward Thompson as a Teacher: Yorkshire and Warwick». En Rule, J. y Malcolmson, R. (eds): *Protest and Survival: Essays for E. P. Thompson*, New Press, New York.
- WOODHAMS, S. (2001): *History in the Making: Raymond Williams, Edward Thompson & Radical Intellectuals, 1936-1956*. London, Merlin Press.

RESUMEN

Este artículo pretende ilustrar la forma en la que los cambios en las condiciones sociales y urgencias prácticas a las que se enfrenta un autor determinan «los giros» que es posible apreciar en su trayectoria intelectual, sin que esto signifique que dicha trayectoria pueda explicarse exclusivamente por aquellos condicionantes. Para ilustrar este fenómeno tomaremos como objeto de estudio las dos versiones del *William Morris* de E. P. Thompson, uno de los historiadores que mayor influencia ha ejercido en el ámbito de las ciencias sociales contemporáneas. Sobre dicho objeto, aplicaremos las herramientas que nos ofrece la sociología de los intelectuales de Pierre Bourdieu, cuya propuesta permite explicar cómo funcionan las determinaciones extra-intelectuales, sin que ello implique aceptar una reducción del «texto» al «contexto».

PALABRAS CLAVE

Sociología de los intelectuales, P. Bourdieu, E. P. Thompson, campo, *habitus*, estrategias intelectuales.

ABSTRACT

This article tries to illustrate the way in which changing social conditions and practical urgencies to which an author faces up to, determine the possibilities within his intellectual trajectory. Nevertheless, this does not mean that this trajectory should be solely explained by these determinants. In order to illustrate this phenomenon, we will focus upon two versions of E. P. Thompson's *William Morris*, one of the most influential historians in the field of contemporary social sciences. We will apply to this subject Pierre Bourdieu's tools concerning the sociology of intellectuals, whose proposals explain the functioning of extra-intellectual determinants, without reducing the «text» to the «context».

KEY WORDS

Sociology of intellectuals, P. Bourdieu, E. P. Thompson, field, *habitus*, intellectual strategies.